

Ramón Carlos Negro

12.VII.1909 – 20.IX.1995

Dr. Fernando Mañé Garzón¹

I

Con el fallecimiento acaecido el 20 de setiembre de 1995 de Ramón Carlos Negro, ya hace muchos años retirado a la vida privada, la pediatría nacional siente con sobrada perspectiva que un período muy fecundo de su historia se culmina. Integra así definitivamente a su acervo una figura de singular relieve que por sus propios atributos deja en forma indeleble y veraz una obra, un esfuerzo y un ejemplo.

II

Nació en Montevideo el 12 de junio de 1909, en un hogar ya distinguido por sus inquietudes intelectuales y profesionales, de segura holgura patrimonial. Luego de estudios primarios realizados en el Colegio Elbio Fernández y secundarios en el no menos prestigioso Liceo Rodó, ingresó a la Facultad de Medicina en 1929, en la que se graduó de médico luego de una adecuada formación en 1936 que se caracterizó, como lo demostrara posteriormente, por su promoción independiente y libre de compromisos. Exigido por sí mismo, no plegado a séquitos ni escuelas en un concebir la medicina como un elitista esfuerzo autodidacta y personal. Ya orientado hacia la clínica pediátrica se vincula al Instituto de Pediatría de la Facultad de Medicina, creado el año anterior y por tanto al Hospital Pereira Rossell. En ellos transcurre prácticamente toda su carrera. Se vivía, al egresar Ramón Carlos Negro el primer año de la muerte del gran maestro Luis Morquio (1867–1935), quien había fundado sobre sólidas bases la medicina de niños en Uruguay y frente a su desaparición, tal fue lo ejemplar de su obra, que ello no implicó otra cosa que la continuación de su acción

creadora y promotora de la pediatría. Como bien dijo Juan César Mussio Fournier en un elogio del maestro:

El gran mérito de Morquio es el de haber sido uno de los primeros maestros de nuestra Facultad que estimuló y casi obligó a sus discípulos a dedicarse a la investigación científica, y logrando así después de una lucha titánica triunfar sobre la indiferencia y la hostilidad de nuestro medio⁽¹⁾.

Ese espíritu inquieto y resuelto en la creatividad persistió en el instituto como una de sus señeras características, pues esa postura vertía en su influencia la mejor asistencia y docencia también creativa.

III

Sucede al maestro en la dirección del Instituto de Pediatría José Bonaba (1884–1951), digno, consecuente y laborioso continuador de la obra de Morquio y donde concreta su gestión junto al siempre distinguido grupo de colaboradores y en especial con el profesor agregado Víctor Zerbino. En 1943, Ramón Carlos Negro accede por concurso de oposición a la Jefatura de Clínica (Grado 2) y se vincula muy especialmente con quien será posteriormente uno de los integrantes de la generación del 45: Julio R. Marcos. Serán particularmente éstos, si no sus maestros, aquellos a quienes guardó siempre particular reconocimiento y respeto. Zerbino, talento espontáneo, ágil de excelente vocación clínica en especial volcado a las afecciones respiratorias. Marcos, talento penetrante y de amplias inquietudes entre las cuales se interesó en la patología digestiva y hepática antes de abrazar su dedicación definitiva neuropsiquiátrica. Aunque más tardía no dejó de ser valiosa su vinculación con Alfredo U. Ramón Guerra (1904–1996) con quien compartieron intereses en diferentes puntos de investigación clínica. Aunque fuera de la disciplina de su culto, tuvo una sincera, sentida y justa admiración por Pedro Larghero Ibarz (1901–1963) con quien a partir de una vinculación familiar colaboró en problemas clínicos de cirugía hepática.

IV

Su carrera tiene una primera culminación cuando luego de una laboriosa exigencia reglamentaria, la adscripción,

1. Profesor de Pediatría.

Correspondencia: Dr. Fernando Mañé Garzón. Casilla de Correo 157. Montevideo, Uruguay

Este trabajo ya fue publicado por la revista Archivos de Pediatría del Uruguay (Arch Pediatr Uruguay 1995; 66(4): 55-9); dada la importancia de la figura del Prof. Negro, es de interés del Comité Editorial que esta publicación llegue a todos los médicos del país. Con permiso del editor de la revista citada, reproducimos este material.

Recibido 26/6/96

Aceptado 5/7/96

es nombrado junto con su amigo y leal rival José María Portillo, profesor agregado en 1953, siendo titular Euclides Peluffo (1907–1969). Paralelamente realiza la carrera en el Ministerio de Salud Pública. Actúa como médico ayudante del servicio de tisiología infantil a cargo de Pedro Cantonnet Blanch (1900–1988) de quien recibió también la impronta morquiana, en la Colonia Saint Bois, especialidad que siguió cultivando siempre con particular versación. Fue también por concurso de oposición médico tisiólogo pediatra, colaboración que se concreta en el trabajo sobre tratamiento de la tuberculosis del niño con isoniácida⁽²⁾ y su fundamental contribución al estudio en nuestro medio de la primoinfección tuberculosa así como en otras de especialización tisiológica⁽³⁾. Dará oportunamente prueba —como veremos— de esta versación. Posteriormente se hace cargo del Servicio de Enfermedades Infectocontagiosas del Hospital Pereira Rossell y es a partir de entonces que su dedicación preferencial se concreta en esta especialidad pediátrica. Con él surge esta disciplina como verdadera especialidad⁽⁴⁾.

V

Hombre de estatura regular, más bien alto, de compleción atlética desarrollada en su juventud en el basquetbol, erguido y de franca mirada, eran sus rasgos también regulares, de cabello abundante y prematuramente cano, pobladas cejas y un armonioso y corto bigote configuraban su rostro, donde unos gruesos anteojos hacían brillar sus ojos inquietos. Pero esa faz, esa cara se transfiguraba en la expresión bien medida, siempre dispuesta a una broma, siempre sagaz en captar el matiz risueño, jocoso o mismo ridículo de una situación, de un propósito, de una silueta al pasar. Era entonces cuando con cortas frases definía una persona, burlaba a otra, elogiaba en forma a veces desmedida y admirativa a un amigo. “El hombre es un carácter” ha dicho un clásico latino. Hombre reactivo ante los otros, amaba a unos, pero también sabía ignorar a otros o asentarles el certero golpe de sus críticas que eran tan subjetivas como tenaces pero siempre guardando una medida que lo distanciaba de lo vulgar y lo trivial. Valiente y tajante en sus opiniones, era difícil, por no decir imposible hacerlas cambiar, pues sabía imponer esa su voluntad con lo que él consideraba oportuno y ajustado desprovisto de aviesa intención: ¡sí señor! era la interjección con que concluía su inefable sentencia. Frugal en sus gustos, más que ajustado en sus gastos guardó una fina elegancia en sus trajes bien cortados y en su andar en elástico balanceo de su cuerpo, dando la impresión, y así lo era, en efecto, que sabía adonde iba, mas no lo alteraba ni el requerimiento ni la prisa. Su vida transcurrió principalmente en su actividad hospitalaria, hospital al que llegaba más bien tarde, como un señor,

no como un exigido funcionario, así como tampoco tenía hora para retirarse, lo que hacía muchas veces ya entrada resueltamente la tarde.

Su singular y afable simpatía lo habían hecho popular y requerido. Configuró su mundo en función de una personalidad dispar, liberal, informal y conciente de ello, noble en su mundo, sin ataduras formales así como sin dobleces ni requiebros. De convicciones políticas igualmente firmes, decidido liberalista, de ideas que supo defender y sufrir por ellas con el largo alejamiento al exilio de su hijo Ramón Carlos durante la cruenta e inicua dictadura militar. Con altura y dignidad, confiado en el triunfo de la legalidad y la justicia supo soportar estas pruebas y también esperó su fin con esperanza y optimismo. No sin justa necesidad fue requerida su participación luego del restablecimiento constitucional en los tribunales de ética, tanto universitarios como gremiales. Conciencia impoluta que lo llevó en convencida y valiente actitud junto a un dilecto grupo de eminentes colegas (José B. Gomensoro, Raúl Di Bello y José María Portillo) a renunciar como miembro de la Academia Nacional de Medicina. Al ser requerida recientemente su anuencia para ser postulada a formar parte de dicho cuerpo, Irma Gentile-Ramos, con la integridad que caracteriza a su conducta y no apartándose de la lealtad al maestro declinó el ofrecimiento que, por otro lado, justamente le era debido.

Tanto en nuestro medio como en el rioplatense, en los que había adquirido amigos sinceros y llenos de un leal afecto hacia él, era requerida su presencia.

VI

Casi simultáneamente con su promoción a la agregación integra un grupo de trabajo de colaboradores que él plasma con su personalidad, sus inquietudes, su dedicación casi exclusiva, podríamos decir, a la actividad hospitalaria. Entre ellos se destaca en primer término Irma Gentile-Ramos, con quien en una armonía de lealtad, de sentimiento “como los tientos de un lazo se entrevera nuestra historia” y de inquietudes, sincronismo intelectual y afectivo que se prolongara durante más de treinta años. Completó el equipo si bien en forma más concreta y tan solvente como eficaz, Joaquín Galiana (1920–1975), quien contribuyó con su formación de bacteriólogo en la realización de numerosos trabajos de investigación.

VII

Tres aspectos debemos destacar de esta unión, de ese dúo tan fecundo, que se expresó con empeño en la asistencia, la docencia y la investigación.

En el aspecto asistencial cubrieron la totalidad de la infectología pediátrica a nivel nacional siendo el punto de

referencia y consulta frente a los problemas de asistencia individual, interviniendo en planes nacionales de prevención y vigilancia epidemiológica.

VIII

En el plano docente fueron también los responsables de transmitir tanto a nivel de estudiantes como de alumnos de posgrado, las bases fundamentales de esa especialidad que complementará en forma eficiente Gentile-Ramos con su versación en pediatría social. Ramón Carlos Negro y José María Portillo ocuparon en 1969 las cátedras de Clínica Pediátrica, de las cuales la que desempeñó Ramón Carlos Negro tuvo como uno de sus profesores agregados a Irma Gentile-Ramos desde 1975. Al concluir su mandato por límite de edad y terminada la intervención de la Universidad durante el ominoso período de la dictadura militar (1973–1985), Irma Gentile-Ramos ocupó la cátedra de su maestro, dando así una continuidad definitiva a lo empeñosamente cumplido. En 1985 es nombrado Profesor Emérito en un memorable acto en que la Facultad de Medicina vibró al reivindicar los méritos de docentes exiliados, proscriptos, destituidos o relegados. Se distinguió en la docencia por su inclinación natural a una enseñanza dirigida en forma directa y solvente a la praxis, sus temas fueron siempre los que todo médico debe dominar referente a las enfermedades del niño. Ello lo llevó a cumplir la necesidad de publicar tres volúmenes destinados a la enseñanza que durante más de veinte años fueron conjuntamente con los similares publicados por José María Portillo y sus colaboradores, los textos imprescindibles en la formación pediátrica⁽⁵⁾. Así hizo de sus clases un recurso que todos supimos aquilatar en donde a la experiencia clínica matizaba su inseparable sentido fino y ocurrente del humor, atento a enseñar con naturalidad, despojado para ello de redundancias como de superflua erudición. La pediatría clásica en boca de Ramón Carlos Negro surgió como componente de fácil asimilación y retención. Eran memorables sus exposiciones sobre enfermedades propias de la infancia (sarampión, escarlatina, tos convulsa, síndromes febriles) o sobre su larga experiencia en primoinfección tuberculosa. Nos place recordar su cariñosa atención a las madres que bien sabía transmitir en sus clases, a su tierna aunque somatizada simbiosis con sus hijos cuando dicen: "Doctor el niño no me come; doctor Juancito no me hace fiebre o me vomita o no me hace pu-pu". Parte de este inquieto y perplejo humor fue recogido en uno de sus últimos libros⁽⁶⁾.

IX

Quiero analizar ahora en forma especial la actividad que maestro y discípulos desplegaron en la investigación clínica,

que supieron desarrollar con particular vocación. Basados en la solvencia que les daba la experiencia hospitalaria concretaron en libros de intención docente su singular experiencia clínica al par que erudita información en infectología pediátrica⁽⁷⁾.

Son contribuciones de real importancia su individualización de la forma de escarlatina debida a la toxina eritrógena del *Staphylococcus aureus*⁽⁸⁾ con la que inician el estudio de las diferentes formas de afecciones viscerales y sistémicas debidas a este agente infeccioso que mostró entre los años 1966 y 1970 una particular virulencia en el niño⁽⁹⁾.

No de menor importancia son los trabajos en afecciones hepáticas del niño. Cabe destacar su sistematización en el valor de la exploración funcional del hígado⁽¹⁰⁾, y sobre el diagnóstico diferencial de las ictericias. Debe en especial recordarse el estudio de la epidemia de ictericia del recién nacido ocurrida en una maternidad, en el que, en base a una indagación metodológicamente impecable, pudieron determinar su origen iatrogénico (desnaturalización de la vitamina K inyectada)⁽¹¹⁾. Otra contribución importante es el estudio anatomo-clínico de la cirrosis hepática infantil⁽¹²⁾. En base a una causuística extensa les permitió plasmar una obra de actualización que es la primera publicada en el mundo sobre enfermedades hepáticas en el niño⁽¹³⁾.

X

Otra monografía interesante de Negro y Gentile-Ramos es la que le dedicaron a las infecciones por gérmenes gram-negativos en el niño⁽¹⁴⁾. En ella, describen sus múltiples formas pero lo más original es la demostración de que esos gérmenes son los más involucrados en las neumonías de los lactantes desnutridos. Abrieron así una nueva perspectiva diagnóstica y terapéutica de gran importancia, en particular para la pediatría latinoamericana que ha sido atendida ya en los textos básicos⁽¹⁵⁾.

XI

Su especialización en fisiología infantil, iniciada junto al dilecto y talentoso discípulo de Morquio, Pedro Cantonnet Blanch, nos la ofreció con una impecable lucidez en su último libro, en el que aborda todos los aspectos de la tuberculosis del niño⁽¹⁶⁾.

XII

Como todos los clínicos de vocación, no dejaron Negro y Gentile-Ramos de cultivar la nosología. La curiosidad por las situaciones excepcionales que a todo clínico le cabe y diría le es grato afrontar como un desafío y plasmar esta inquietud en forma concreta, enriqueciendo así

la fascinante aventura del diagnóstico. Queremos recordar aquí los trabajos sobre enfermedad de Barlow ⁽¹⁷⁾; anemia de Fanconi ⁽¹⁸⁾; meningitis recidivante ⁽¹⁹⁾; aeradina ⁽²⁰⁾; lupus eritematoso diseminado ⁽²¹⁾; síndrome de Lyell ⁽²²⁾; discraneodishemia ⁽²³⁾; enfermedad de Wilson ⁽²⁴⁾; enfermedad de Riley-Day ⁽²⁵⁾; etcétera.

XIII

Pero no terminan aquí los múltiples intereses que fascinaron a Ramón Carlos Negro. Como ya hemos dicho siempre fue un narrador jovial, con un particular sentido del humor y una particular solvencia para recordar amigos, añorar episodios, rescatar recuerdos.

Esta veta de su personalidad se concretó, resuelta, en su afición a la música más nuestra y sentida: el tango. Fue, como suele decirse, un tanguero de ley. Fue el tango uno de sus "berretines". Conocedor de su historia, de las primeras creaciones para bandoneón y piano, para cuarteto y también cantados. Fue más sensible a la malograda voz del oriental Alberto Vila que a la de los más afamados, incluso Carlos Gardel. Su gusto y vocación musical lo llevaron a crear piezas propias, individuales tangos. Entra aquí en su vida la admirable figura de su dilecto amigo, y también colega Alberto Munilla, con quien aunaban una solidaridad realmente fraterna, ambos chispeantes de ocurrencias, penetrantes en sus parodias, culminaron estas raras condiciones con el nacimiento de varios tangos que siempre recordaran con ternura de padres. Entre estos primorosos tangos, música de Munilla y letra de Negro, ambas cosas de la inspiración de este último, tenemos "Chau luna", "Puerto", "Sin rencor", una milonga "Cosas del amor", cuyas tonadas y letras tanto gustaba recordar haciendo acotaciones oportunas y risueñas... Muchas de ellas fueron publicadas y motivo de ser ejecutadas por orquestas típicas y entonadas por troupes en aquellos carnavales.

XIV

Su vida transcurrió en el barrio de Pocitos. Si bien no nació allí, vivió en ese progresista barrio de la costa montevideana desde los 5 años, primero en una de las calles más típicas: Juan B. Blanco entre Avenida Brasil y Bulevar España, para luego pasar a la magnífica casa que hizo construir su padre en Bulevar España y Berro. No fue del barrio antiguo y primero de los iniciales pobladores de jerga italiana del que rodeó al primer Hotel de los Pocitos, sino del Gran Hotel de los Pocitos, de aquel construido en la playa en torno al cual tendió sus calles, casas y formas de vida centrado en el Bulevar España. Si bien lo conoció todo, el barrio lo vivió y lo gozó en el entorno de ese sector que bien supo atesorar en su me-

moria. Ello dio motivo a su delicioso libro "Pocitos era así" que publicó con gran éxito en 1984 ⁽²⁶⁾.

Cabe detenerse en comentar esta obra que con tanto cariño brotó —puede decirse— de las calles, de los zaguanes, esquinas y tertulias de aquel vivir sentido, de las instancias deportivas de su club: ¡Trouville!

Así nos deleita en el narrar los años en que Pocitos se constituyó en barrio balneario, en que se levantaron sus casas suntuosas unas, acomodadas otras, en las que se afincaron las familias y crecieron sus hijos y entre todo ello, sin distinción de clases, surgió una población esforzada, pujante, progresista y numerosa que Negro enumeró en una secuencia abundante.

Vale por la historia pero también por lo literario, por su estilo directo, grácil y chispeante. Se mostró siempre muy atento al uso académico de nuestra lengua que lo hizo reaccionar ante cualquier galicismo o barbarismo. Todo ello lo hace —lo podemos decir sin reticencias ni condicionantes— un libro indispensable, no un libro más sino un libro que faltaba.

Forma su hogar en el seno del cual cultivó sus afectos con Marta Adami Sienra, también de probada tradición del mismo Pocitos, el que siguió integrando su madre por quien tenía veneración y fue como el de una ancianidad venerable. Deja tres hijos: Ramón Carlos, Raúl Alberto, Marta Elena y numerosos nietos y dos bisnietos, que lo rodearon y cultivaron centrado en la presencia de su inquebrantable personalidad.

XV

En lozana longevidad pasó Ramón Carlos Negro esos últimos años. Lo recordamos en especial cuando cumplió 85 años, en el perfecto dominio de su ingenio y así evocamos juntos, hace tiempo y a lo lejos, aquel pasado reciente y aún vigente de los resueltos ateneos clínicos de los sábados a las nueve, alternados entre el Hospital Pereira Rossell y el añorado Hospital Pedro Visca, las memorables sesiones de la Sociedad de Pediatría, la presencia de los "viejos", de aquel inolvidable Julio R. Marcos, que con displicente y resuelta personalidad sabía disipar pretensiones y rasgar el velo de lo ignoto, que sabía reír, pues sabía que sabía... mientras con sobrada prescindencia miraba, como al desgano, su anillo de oro y brillante. Subrepticamente, como esquivando, aparece Ramón (Alfredo U. Ramón Guerra), cuya inapariencia lo hace más aparente, de asombrosa dialéctica en la perspicacia clínica, en la frondosa erudición crítica y su condicionada opinión atenta a lo perplejo de la siempre atendible variabilidad de la expresión clínica. Pero también allá vemos a su sin par amigo Munilla, sí Munilla, ¡el Gordo! que resuelto y como sin ganas avanzaba luciendo su corbata "moñita", siempre atento a lo espontáneo, siempre

dispuesto a la broma, pero ésta inteligente, sutil y penetrante. Si Mourigan estorbaba ahí esta Pelfort, que moderaba, o Euclides Peluffo, que sentencioso, refería su memoriosa experiencia y su no menos asombrosa erudición tanto en la más actual bibliografía como en el resucitar de aún vigentes e injustamente olvidadas referencias a los clásicos de la vieja pediatría. Pero no olvidemos al “viejo Bauzá” (Julio R. Bauzá) cuyo aparato para oír algo no sólo captaba sino que a su vez “transmitía” y oíamos a Negro decir: “Ya empezó a emitir la estación Cerrito: pi... pi... pi... y Juancito (Juan Curbelo Urroz), que como un paisano recién llegado de sus añoradas costas del Itapeby deslumbraba con su sentido clínico y quirúrgico que acotaba con su siempre austero sentido común don Ricardo Yannacelli.

Todo esto fue ayer, pero no podríamos evocar a Ramón Carlos Negro sin hacer renacer estas vivencias de las cuales gozaba con fino humorismo y hacía gozar a quien lo atendía. Si los años habían desgastado su cuerpo, nunca afectaron su espíritu atento, curioso, memorioso y, sobre todo, jovial.

XVI

El siempre renovado y pujante devenir de la pediatría entre los años 1960 y 1976 estuvo liderado por dos maestros, dos personalidades de rara integridad: José María Portillo y Ramón Carlos Negro. Esta escuela, heredera de sus mayores, supo no sólo transmitir la responsabilidad sino que lo hizo con generosa abundancia. Al rendir hoy homenaje no a la recordación sino a la presencia del ejemplo, a Ramón Carlos Negro, nos sentimos sus amigos, sus colaboradores, dignificados por lo que nos supiera dar y que creemos supimos no sólo recoger, sino fructificar.

Bibliografía

1. **Mussio Fournier JC.** Clase inaugural de la cátedra de Clínica Endocrinológica en la Facultad de Medicina el 14.V.1936. In: *Hombre e ideas*. Montevideo, 1936: 103.
2. **Cantonnet Blanch P, Negro RC, Pérez Scremini A, Monestier J.** Resultados del tratamiento de la tuberculosis del niño por la isoniácida. *Arch Pediatr Uruguay* 1953; 24:364.
3. **Negro RC, Gentile-Ramos I.** Algunos aspectos de la primoinfección tuberculosa. A propósito de 550 casos. *Arch Pediatr Uruguay* 1955; 26:888.
4. **Negro RC.** Relación de títulos, méritos, trabajos y actuación docente. Montevideo: edición del autor, 1969: 39 pp.
5. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Mila JJ.** *Clínica Pediátrica*. Montevideo: Delta, 1967 (vol. I y II); 1971 (vol III).
6. **Negro RC.** Los niños, los padres y los médicos. Anécdotas pediátricas. Montevideo: Editimedes, 1988: 152 pp.
7. **Negro RC.** Op. cit (1969). En este curriculum puede aprenderse y facilitar la consulta de su obra fisiológica y en general infectológica.
8. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Galiana J.** Escarlatina por *Staphylococcus aureus*. *An Med Panamer* 1958; 3: 75-93 (Primera comunicación); *Pediatr Panam* 1959; 3: 75-93 (Segunda comunicación).
9. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Galeana J.** *Estafilococcias en el niño*. Buenos Aires, 1959: 371 pp.
10. **Negro RC et al.** La exploración funcional del hígado en el niño. Congreso Panamericano de Pediatría 3, Montevideo: 316-29, y Curso de Perfeccionamiento Institucional en Pediatría 22, Montevideo, 1951:183-95.
11. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Margolis E.** Epidemia de ictericia en una maternidad. *Arch Pediatr Uruguay* 1964, 35: 282-92.
12. **Negro RC, Mañé Garzón F, Gentile-Ramos I.** Cirrosis hepática en el niño. *Jornadas Pediátricas Rioplatenses*, 16, 1961: 120-134 y Negro RC, Gentile-Ramos I, Ramón Guerra AU. *Enfermedades hepáticas en el niño*. Montevideo: Delta, 1965: 629-715 (Cap. 32).
13. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Ramón Guerra AU.** *Enfermedades hepáticas en el niño*. Montevideo: Delta, 1965: 768 pp.
14. **Negro RC, Gentile-Ramos I et al.** Infecciones por bacterias gram-negativas en el niño, Montevideo: Delta, 1973.
15. **Negro RC, Gentile-Ramos I.** Infecciones por gramnegativos. In: Meneghello J, Fanta E, Paris E, Rosselot J. *Pediatría*. Santiago de Chile: Mediterráneo, 1984: 656-61.
16. **Negro RC.** *Tuberculosis en la infancia*. Montevideo, 1980: 549 pp.
17. **Negro RC, Munilla A.** La enfermedad de Barlow en el Uruguay. *Arch Pediatr Uruguay* 1938; 9: 544-57.
18. **Negro RC, Ramón Guerra AU, Paseyro P.** Anemia familiar tipo Falconi. *Arch Pediatr Uruguay* 1965; 34: 343-53.
19. **Negro RC, Mañé Garzón F, Frau B.** Meningitis recidivante en el niño. *Arch Pediatr Uruguay* 1954, 25:690-2.
20. **Negro RC, Olisen Boje G, Monestier J.** Acrocinia en un lactante. *Arch Pediatr Uruguay* 11.VI.1983.
21. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Castillo de Bonneveau S.** Lupus eritematoso sistémico. *Arch Pediatr Uruguay* 1959.
22. **Negro RC, Gentile-Ramos I, Vignale B, Castillo de Bonneveau S.** Necrosis epidémica tóxica (Síndrome de Lyell). *Arch Pediatr Uruguay* 1963; 34: 148-54.
23. **Negro RC, Gentile-Ramos I, García Güelfi A, Temesio N.** Discrasia-dishemia. Anemia hemolítica congénita asociada a cranosinostosis. *Arch Pediatr Uruguay* 1963; 34:737-43.
24. **Ruggia R, Maslenikov O, Estable Puig C, Ferrer J, Bidegain S, Negro RC et al.** Degeneración hepatolenticular. Enfermedad de Wilson. Nuevo aporte a la casuística. *Acta Neurol Latinoam* 1966; 12:130-41.
25. **Negro RC, Gentile-Ramos I.** Disautonomía familiar (Enfermedad de Riley-Day) *Arch Pediatr Uruguay* 1968, 39: 400-9.
26. **Negro RC.** Pocitos era así. Montevideo: Arca, 1984: 187 pp.